ideas morales y religiosas, y por causas particulares que no es ahora del caso señalar, pero que habian influido de un modo especial sobre la sociedad francesa, se hallaba esta en un estado de languidez moral, reflejado perfectamente en la inmoralidad y corrupcion de la Regencia y de la corte de Luis XV. No de otra manera hubiera podido suceder que apareciese un hombre tan singular como Voltaire, y que se captase esa nube de aplausos que llovieron sobre él con entusiasmo y con delirio. Si no nos engañamos, Voltaire era la expresion de una buena parte de la sociedad de la Francia; la Francia dudaba y Voltaire duda; la Francia estaba en un alto grado de cultura, y Voltaire es primorosamente culto; la Francia, por la corrupcion de costumbres, por la debilidad del poder y por la relajacion de los vínculos sociales, por la fermentacion y choque de ideas y sentimientos, estaba cercana á una disolucion social, y Voltaire era el instrumento mas á propósito para precipitar la catástrofe. Si se quiere estudiar á fondo los caractéres de ese hombre extraordinario, tal vez se le pueda comparar con un brillante metéoro, formado por las exhalaciones de un pais próximo á una conflagracion universal, y anunciando con su resplandor siniestro la revolucion que luego despues cubrió de luto y de sangre á la Francia.

RELACIONES

ENTRE LA SOCIEDAD Y LAS CIENCIAS.

Se ha dicho que la literatura es la espresion de la sociedad, y se ha dicho tambien que la literatura contribuye mucho á formar la sociedad: estas dos opiniones al parecer opuestas, por señalar la primera á la literatura como efecto, cuando la otra la mira como causa, conviene en un punto capital, en un hecho que es necesario notar y asentar: y es en que hay un estrecho enlace entre la sociedad y las letras, que hay entre ellas relaciones de suma importancia, siendo fácil inferir de aquí que para comprender á entrambas, es necesario estudiarlas en conjunto, con ojeada de comparacion, atendiendo á la una sin perder nunca de vista á la otra. Cuando una experiencia atestiguada por la historia de todos los pueblos, no viniere en apoyo de esta verdad, fácil seria inferirla por el solo raciocinio. No puede negarse que en cada nacion, en cada época, hay ciertas influencias físicas y morales, que ora procedan de hechos anteriores, ora dimanen de circunstancias presentes, con mas ó menos generalidad, mas ó menos eficacia, producen y determinan convicciones, giro de ideas, carácter de sentimiento, fisonomía de hábitos y costumbres. El comun de los hombres está sujeto á los efectos de esa atmósfera moral que le rodea, y aun al hombre mas privilegiado no le es dable sustraerse enteramente á tamaña influencia. En el órden moral como en el físico, hay ciertas leyes generales que eslabonan entre sí á los seres con una inmensa cadena; y si bien es verdad que las leyes tienen en el órden moral y en la inteligencia un carácter muy distinto de las que rigen en el mundo físico, no por eso dejan de ser generales, invariables y eficaces, salvas aquellas modificaciones que deben hacerles sufrir la naturaleza de los seres, que forman el objeto de su arreglo.

Así es que se puede formar un verdadero cuerpo de ciencia con la coleccion de estas verdades, y que examinadas á fondo, anali-

zadas con detenimiento y comprobadas con la piedra de toque de la experiencia, podrian formar una serie de verdades tan firmes como el que forman el conjunto de verdades, comprendidas comunmente bajo la de ciencias naturales. Y no se diga que estas son de su naturaleza mas ciertas que las primeras por tener sus bases afianzadas sobre la experiencia y las matemáticas, cuando las ciencias del órden moral parece que por su naturaleaa misma ó bien divagan por la region de las abstracciones, ó no presentando completas garantías de su firmeza, basta aplicar sus principios á la realidad de los hechos, y que aun si quieren sujetarse sus hechos á la luz de la experiencia, presentan un aspecto tan movedizo y variable, que es poco menos que imposible que presenten cuerpo para experimentos rigurosos y observaciones analíticas. Mal comprendiera el carácter de ambas ciencias quien tal afirmara, y muy menguadas mostraria sus luces en el ramo de la historia de las ciencias. ¿Pues qué, divagan las ciencias morales por las regiones de la abstraccion? ¿Y no hacen otro tanto las ciencias naturales, y hasta las ciencias matemáticas; y aun tomando en todo su rigor este nombre en cuanto comprende no mas que la geometría y el cálculo? Oh! van siempre con la luz de la evidencia! ¡siempre! lo niego: y me rio de quien tal diga: dejando aparte otros puntos que seria fácil tocar, aun de los que con mas estrecha relacion están enlazados con los grandes descubrimientos y aun con los primeros elementos de física, ¿son evidentes todos los puntos del cálculo infinitesimal, aun aquellos en que se apoya todo este precioso cálculo como sobre su base y su cimiento? En esta materia importante, descubrimiento que inmortalizará lo época que le vió nacer, ¿hay algun autor hasta ahora que haya explicado su naturaleza con toda limpieza y claridad, sin palabras vagas, sin términos indefinibles, fijando sus principios, desenvolviendo sus consecuencias, y demostrando con rigor la exactitud de sus aplicaciones? ¡Quién ha recorrido estas ciencias sin que de vez en cuando se asomen á su mente ciertas dudas é incertidumbres, como negras nubes que vienen á eclipsar la belleza de un horizonte despejado y brillante! Pero la experiencia viene con sus hechos á disipar las dudas, y la exactitud de los resultados comprueba la certeza de los cálculos y el rigor de las aplicaciones: enhorabuena; pero luego en esta parte no llevan ventaja á las ciencias morales, pues que si ambas tienen sus abstracciones, ambas tienen sus dudas, ambas necesitan para disiparlas acercarse á la piedra de toque de la realidad y de la experiencia.

Entusiasta de las ciencias matemáticas y naturales, admirador de los grandes hombres cuyos talentos campean en esa esfera sin límites, reconociendo sinceramente en ellas uno de los monumentos mas grandiosos que en el trascurso de los siglos se levantaran al genio humano, no puedo tolerar el fanatismo de ciertos hombres que desprecian cuanto no lleva el sello de una figura geométrica, ó no se presenta envuelto entre los misteriosos símbolos del cálculo: ni

puedo ni he podido jamas hallarlas comparables con las ciencias que tienen por objeto á Dios, á la sociedad y al hombre. Muy exagerado me parece Bossuet cuando los apellida *vaine pature des esprits faibles;* pero sí que me parece muy digno de la grandeza del genio de Pascal, el que despues de haber abarcado en su mente las inmensas dimensiones de las ciencias matemáticas, se dedicara con preferencia al estudio del hombre.

Sobre todo me ha parecido descubrir en las ciencias morales cierto calor de sentimiento que robustece las convicciones, hace fermentar las ideas, ensanchando el corazon y agrandando el alma: no quiero yo decir que no se halle mucho de elevacion en las ciencias exactas; pero es cuando el naturalista reconoce las grandes verdades morales que van envueltas en todos los pliegues de la naturaleza, es cuando al través de los misterios que va descubriendo en la naturaleza á favor de sus simbólicos cálculos, se para un momento para admirar la grandeza del Criador, que con un acto de su voluntad sacara de la nada tanta inmensidad de portentos: entonces es cuando el naturalista es verdaderamente grande: entonces es cuando Newton llamara á Dios el gran geómetra; entonces es cuando Descartes, Pascal, Malebranche y Leibnitz cuentan con el lenguaje de un hombre inspirado, que observando la naturaleza han encontrado por todas partes el dedo del Todopoderoso, y que descorriendo el velo de la naturaleza, han visto el trono de la Divinidad, y que interrogando al universo para que le revelara sus arcanos, han oido que los cielos y la tierra entonaban al Criador un himno de gloria y alabanza.

Es menester levantar muy alto la voz para que no se olviden estas relaciones de las ciencias, para que no se pierda de vista que semejante olvido fuera la gangrena que en el siglo décimooctavo relajara todos los resortes de la sociedad, la cubriera de asquerosas llagas y la condujera á los brazos de la muerte: uno de los caractéres del siglo décimooctavo, es el haber aislado la naturaleza física, el no haber querido remontarse mas allá de las leyes de la gravitacion y afinidad, y el haberse empeñado en desconocer la suprema inteligencia cuando mas evidentes se alzaban sus maravillas: de aberracion tan fatal debia resultar necesariamente un estravío funesto en todos los demas ramos científicos; debian brotar como de una semilla infecta, en Religion los delirios de Voltaire, en política los sueños de Rousseau y de Mabli, y en ideología metafísica, las extravagancias de Helvecio, y las absurdas hipótesis, el frio é insulso análisis del abate de Condillac. Pasaron, es verdad, aquellos tiempos: y en una ocasion solemne uno de los mas ilustres representantes de la ilustracion moderna ha dicho, que Destutt-Traci fué el último representante de esta escuela, llevando hasta el sepulcro sus convicciones, bien que acompañadas de una profunda tristeza, y tal vez de un secreto desengaño; pero no podemos lisonjearnos que hayan pasado ya entre nosotros, entre quienes se hallan, y no en escaso nú-

mero, hombres que se figuran estar al nivel de los últimos adelantos con solo haber devorado sin tino ni discernimiento las producciones del siglo décimooctavo; hombres que no ven en la sociedad mas que intereses materiales; y cuenta que no adolecen solamente de tamañas enfermedades inexpertos mozalvetes, sino que dejan sentir sus influencias hasta en sus escritos ciertos hombres de aventajados talentos, de larga experiencia, y que en materia de opiniones pasan plaza de moderado comedimiento y de juicio sensato. Tan difícil es que el hombre se sustraiga á la influencia de los elementos en que pasara su juventud, y que evite los resultados de un venenoso nutrimiento. Contaminado en su raiz el árbol de la ciencia, se contaminan todos sus frutos; y echando una ojeada sobre la historia de las ciencias, particularmente de dos siglos á esta parte, fácil seria hacer palpar la muchedumbre de sus relaciones y la estrechez de sus lazos; pero como semejante empeño me alejaria sobrado de mi propósito, lo dejaré para otra ocasion, en que tal vez lo emprenda con mas oportunidad y lo ejecute con una extension que no consiente la estrechez de los límites que tengo prefijados.

CAPILLA ALFONSINA

APUNTES SOBRE CHATEAUBRIAND.

Cuán lamentable sea que un hombre como Chateaubriand haya llamado ahora la atencion de Europa sobre las pequeñeces de su vanidad, bastante lo lleva demostrado la vigorosa pluma de Fonfréde; adversario temible, que afianzado en la certeza de los hechos, hechos que además ha sabido presentar con habilidad y maestría, estrecha á Chateaubriand con robusto raciocinio y escogidas reflexiones, y dejando correr su crítica con agradable desenfado, ha cubierto al ilustre autor de ridículo, sazonando sus artículos con la sal de un satírico gracejo. Desmedida es por cierto la vanidad de Chateaubriand cuando se apellida el restaurador de la Religion; y si el señor A., autor del artículo inserto en la *Paz* del 18 de Junio, se hubiese contentado con echarle en cara ese culpable envanecimiento, sus sentidas palabras, hijas sin duda de una loable intencion y de un sentimiento generoso, habieran sentado muy bien en la pluma de un escritor apreciable. Pero decir que Chateaubriand no haya hecho mas que *crear ese espíritu frívolo, esa religion de moda que tanto se acerca á la impiedad*, soltar las espresiones de *flores retóricas*, de *palabras huecas*, y eso hablando del autor del Genio del Cristianismo y del cantor de los Mártires, me parece una exageracion inexcusable, á no alegarse la rapidez y premura con que suelen redactarse ese linaje de escritos.

Chateaubriand es uno de aquellos nombres que envuelven en sí una historia, es un escritor que es necesario conocer á fondo, porque sus escritos son la expresion de una gran crísis de la sociedad francesa, de esa sociedad verdadero corazon de Europa, cuyas pulsaciones conviene mucho observar, pues de ellas depende tiempo ha y dependerá tal vez por largo trecho, ó el sosiego y tranquilidad ó el sacudimiento y los trastornos de la sociedad europea.

¿Qué es el *Genio del Cristianismo?* ¿Qué es el *Poema de los*

Mártires? Para comprenderlo veamos cuál era la posicion del autor, ó mas bien veamos cuál era la situacion del autor: echemos una ojeada sobre la época que precedió á la publicacion de aquellas obras, pues solo de esta manera podremos conocer el orígen de ella, penetrar su espíritu, su tendencia y calcular su influjo. Desde muy largo tiempo muchos y muy poderosos elementos se iban combinando en Francia en contra de las creencias religiosas: al nacer el siglo XVIII, un observador profundo hubiera notado ya síntomas muy alarmantes; hubiera visto en la sociedad francesa un enfermo atacado por una terrible dolencia, pero que tiene cuidado de encubrirla, hermoseando su tez con colores mentidos, ataviándose con brillantes ropajes, y rodeándose de un ambiente aromático y fragante. La época de la Regencia y el reinado de Luis XV, pasaron sobre la Francia como aquellas constelaciones aciagas que vienen á desarrollar el veneno de una atmósfera preñada de gérmenes malignos; apareciendo sobre el horizonte literario Voltaire como uno de aquellos siniestros resplandores, presagios de terrible tormenta. Desde entonces ni paz ni tregua: la política, las ciencias, las artes, todo se puso en juego para arrancar de cuajo la creencia cristiana; y colocado el poeta filósofo á la cabeza de la conspiracion mas nefanda que jamás concibiera la insensatez y el orgullo; seguido de un brillante cortejo en que la corrupcion de costumbres, la ambicion y el desvanecimiento del falso saber andaban disfrazados con ostentosos nombres y atavíos deslumbrantes; acaudillando siempre la empresa con increible obstinacion, con encarnizamiento inconcebible, llevó tan adelante su obra de iniquidad, que merced á sus sátiras indecentes y sarcasmos crueles, la Religion quedó en Francia cubierta de ridículo, y la turba de fanáticos prosélitos del filósofo de Ferney no reparaba en declararla á voz en grito como irreconciliable enemiga de la civilizacion y cultura.

Estalló por fin la revolucion, y aplicadas á la sociedad las doctrinas de tan insensata escuela, inundaron de sangre á la Francia, cubriéronla de escombros y ruinas, y abortando catástrofes inauditas que llenaron de espanto y terror á la humanidad, presentaron el terrible fenómeno de un gran pueblo que habiendo llegado poco antes al mas alto grado de civilizacion y adelanto, de repente y al solo influjo de doctrinas disolventes, se hundia en el abismo de la degradacion y barbarie. No tardó la Francia en recobrarse de su sorpresa y en lanzar una mirada de indignacion sobre aquellos monstruos que convertian la sociedad en orgía de sangre; pero la sociedad estaba disuelta, ¿y cómo reorganizarla? Abundaban aun en Francia aquella casta de hombres para quienes la historia es muda y la experiencia estéril; y creyendo que las grandes instituciones de un pueblo, esas obras de la sabiduría y de los siglos, podian improvisarse como un discurso oratorio, se afanaban en exprimir el mas precioso jugo de sus caras teorías; raza de hombres imbéciles semejante al mentecato facultativo que siendo llamado para asistir á un in-

feliz que espirase en medio de violentas convulsiones y punzantes dolores, creyese remediar al paciente extendiendo á toda prisa una extensa memoria sobre la teoría de la enfermedad que le aqueja. Afortunadamente el linaje humano no es tan insensato como los filósofos; y le basta el sentido comun para conocer que el sostén de la sociedad no puede ser un pedazo de papel, y que para reconstruirla cuando esté disuelta, algo mas se necesita que pomposas frases y declamaciones vacías. Una mano robusta que empuñara las riendas del poder, y la Religion que con su poderoso y suave influjo restableciese los lazos sociales: he aquí las dos ideas, las dos necesidades que se ofrecieron á todos los ánimos, conmoviéndolos, estrechándolos con apremiadora exigencia; y he aquí por qué la Francia colocó sobre el trono de Clodoveo al vencedor de Lodi y de Arcola; he aquí por qué Napoleon se apresuró á restablecer el culto católico á despecho de los discípulos de Voltaire.

La literatura es la expresion de la sociedad; y siempre que esta revuelva en su mente algun sentimiento elevado, siempre que sienta latir en su pecho algun sentimiento grande y poderoso, bien puede asegurarse que no le faltará un genio sublime que la comprenda: ¡cosa admirable! siempre en las grandes crísis de la sociedad, esa mano misteriosa que rige los destinos del universo, tiene siempre en reserva un hombre extraordinario; llega el momento: el hombre se presenta; marcha: él mismo no sabe á dónde; pero marcha á cumplir el destino que el Eterno ha señalado en su frente.

El ateismo anegaba la Francia en un piélago de sangre y de lágrimas, y un hombre desconocido atraviesa en silencio los mares: mientras el soplo de la tempestad despedaza las velas de su navío, él escucha absorto el bramar del huracán, y contempla abismado la majestad del firmamento. Extraviado por las soledades de América, pregunta á las maravillas de la creacion el nombre de su Autor, y el trueno le contesta en el confin del desierto, y la bella naturaleza le responde con cánticos de amor y de armonía. Embriagado con los grandes sentimientos que le ha inspirado el espectáculo de la naturaleza, pisa de nuevo el suelo de su patria; y encontrando por todas partes la huella sangrienta del ateismo, recordando la majestad de los antiguos templos, á la sazon devorados por el fuego ó desplomados á los golpes de bárbaro martillo, vagando su mente por en medio de los sepulcros cuya lobreguez ofreciera poco antes un asilo al cristiano perseguido; al ver que la religion descendia de nuevo sobre la Francia como el soplo de vida para reanimar un cadáver, oye por todas partes un concierto de célica armonía; y enagenado y estático canta con lengua de fuego las grandes bellezas de la religion, revela las íntimas y secretas relaciones que tiene con la naturaleza, y hablando un lenguaje superior y divino, muestra á los hombres asombrados la misteriosa cadena de oro que une el cielo con la tierra. Sí: antes de Chateaubriand se habian conocido tambien las bellezas de la religion; pero nadie como él

habia notado sus relaciones de armonía con cuanto existe de bello, de tierno, de grande y su sublime: nadie como él habia hecho sentir el inmenso raudal de beneficios con que esa hija del cielo inunda esa tierra de infortunio; nadie como él se habia dirigido á la vez al entendimiento, á la fantasía y sobre todo al corazon dejando en el fondo del alma al par de robustas convicciones, sentimientos elevados y profundos.

Pero, prosigue el señor A., mal pueden parangonarse las fiestas de Venus con el misterio de la Cruz: ¡y qué! ¡achacareis pues á Chateaubriand como un exceso, lo que forma su mérito mas distinguido, lo que sirve de pedestal á la inmortalidad de su nombre! ¿Cómo parangona Chateaubriand las divinidades de la fábula con la religion de Jesucristo? ¿Y por qué lo hace? ¿Quereis saberlo? escuchad al cantor de los Mártires:

"Voy á contar los combates de los cristianos y la victoria que los fieles consiguieron sobre los espíritus del abismo, por medio de los esfuerzos gloriosos de dos esposos mártires.

"Musa celestial que inspiraste al poeta de Sorrento y al ciego de Albion, que colocas tu trono solitario sobre el Tabor, que te complaces con los pensamientos serios, con las meditaciones graves y sublimes, ahora imploro yo tu auxilio. Acompaña con el arpa de David los cánticos que he de entonar; y sobre todo dales á mis ojos algunas de aquellas lágrimas que Jeremías derramaba sobre las desgracias de Sion: yo voy á contar los dolores de la Iglesia perseguida!

"Y tú, doncella del Pindo, hija ingeniosa de la Grecia, desciende tambien de la cima de Helicon: yo no despreciaré las guirnaldas de flores con que cubres los sepulcros, ¡oh divinidad risueña de la fábula, que ni aun de la muerte y de la desgracia has podido hacer una cosa séria! Ven, Musa de las mentiras, ven á luchar con la Musa de las verdades. Un tiempo hubo en que, á nombre tuyo, le hicieron padecer grandes trabajos: adorna hoy su triunfo con tu derrota, y confiesa tú misma que ella era mas digna que tú de reinar sobre la lira."

Inútil fuera todo comentario. La Religion no necesita restauradores poetas, y en esto dice muy bien el señor A., porque la obra de Dios no necesita la débil mano del hombre; pero acepta sus cánticos, como una ofrenda agradable, que no puede, no, disgustarle el que resuenen en la boca de los desgraciados mortales los ecos de las bellas y sublimes inspiraciones que ella misma á manos llenas derrama de continuo sobre ese valle de peregrinacion y de lágrimas. ¿Y á qué viene decir en contra de Chateaubriand, que el símbolo de la religion cristiana es el dolor? ¿Ignórase acaso que *la musa es el dolor, vate el que llora?* ¿Ignórase acaso que la verdadera poesía puede apenas avenirse con la alegría y la dicha, porque la alegría es frívola, y es poco menos que imposible el despojar á la dicha de cierto aire vano y distraido, que le comunica su cortejo de juegos y sonrisas? Pero la tristeza cristiana, ese sentimiento austero y

elevado que se pinta en la frente del cristiano, como un recuerdo de dolor en la sien de un ilustre proscrito; ese pensamiento sublime que templa los gozos de la vida con la imágen del sepulcro, que ilumina las sombras de la tumba con la luz de la esperanza; esa tristeza, ese dolor, es grande, es poético en grado eminente: la Religion no necesita al poeta; pero en oyendo los acentos sublimes de la lira de Chateaubriand, ó del arpa de Lamartine, les dirige una mirada bondadosa y les dice: Vosotros me habeis comprendido.

CAPILLA ALFONSINA